



ENSÉÑAME
ESTA NOCHE

— FANTASÍAS, S.A. —

1

NINA KLEIN

ENSÉÑAME ESTA NOCHE

FANTASÍAS, S.A. - LIBRO 1

NINA KLEIN

© 2021, Nina Klein

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial sin permiso del autor.

ÍNDICE

[Aviso importante](#)

[Prólogo](#)

[Uno](#)

[Dos](#)

[Tres](#)

[Cuatro](#)

[Cinco](#)

[Otras historias de Nina Klein](#)

[Acerca de la autora](#)

AVISO IMPORTANTE

Atención: esta es una historia con escenas de sexo explícito, apta solo para un público adulto.
Solo para mayores de 18 años.

PRÓLOGO

CHLOE

El club *Poison* se veía de forma totalmente diferente a la luz del día, cuando estaba cerrado. No había nada del misterio, la seducción, el calor, el deseo que lo empapaba todo durante la noche. Para empezar, las luces del techo estaban encendidas, creando la sensación de que uno estaba en una especie de teatro vacío. En el ambiente flotaba un ligero olor a desinfectante, el rastro que quedaba después de que el equipo de limpieza se hubiese pasado aquella mañana. Salía una pasta hacer ese tipo de limpieza y desinfección profunda todos los días, pero por una parte era necesario, y por la otra, dinero no era lo que les faltaba en el club, con las cuotas que cobraban a los socios y el número de socios que tenían.

Ese era uno de los problemas: el número de socios había llegado a su tope. Los dueños nunca habían querido que aquello se masificara y el número máximo de socios era un número manejable, que hacía que en los días de más aforo —los viernes y los sábados— se pudiese estar tranquilamente en el club, sin agobios.

Así que la lista de espera era kilométrica, y solo se abría una vacante cuando un miembro abandonaba el club, que no era tampoco muy a menudo.

Mi idea venía un poco a mitigar ese problema. A “liberar” un poco el club, para que quizás pudieran admitir un grupo más de socios. A diversificar, también. Y a hacerlo más interesante.

Respiré hondo y me alisé la americana que llevaba. Me había vestido como cualquier día en la oficina: unos pantalones negros de tela, rectos, mis “zapatos de oficina” —negros, de piel, no mucho tacón, cómodos— y una americana gris de pata de gallo. Llevaba uno de mis bolsos más grandes al hombro, de donde sobresalía la carpeta de cartulina marrón con la propuesta que estaba a punto de hacer a los dueños del club *Poison*.

Respiré hondo de nuevo, y mi amiga Caroline se dio la vuelta y se paró en medio de lo que era la pista de baile, el suelo negro brillante reflejando la luces del techo.

—¿No me digas que estás nerviosa?

Era ella quien me había abierto la puerta del club, y quien me acompañaba en el camino hacia las oficinas. Eran las tres de la tarde, y todavía faltaban horas para que abriese el club.

—Un poco —reconocí.

—Pero si solo son Mark, Paul y Derek.

No le faltaba razón: al fin y al cabo les conocía desde hacía más de un año. Pero una cosa era

ser amigos, tomarnos una copa de vez en cuando y hablar de nuestras vidas, y otra hacer negocios juntos.

No quería que pareciese que me estaba aprovechando de la amistad.

—No es lo mismo —dije, por fin—. Esto son negocios. Además, no estoy muy segura... igual es una idea ridícula.

Caroline me sonrió.

—Estoy segura de que es una idea genial. De todas formas, no estés nerviosa: si les gusta la idea bien, y si no, también.

Yo también sonreí, más para darme valor que otra cosa.

—Okey.

Seguimos avanzando por el club, los tacones de Caroline resonando en el suelo de mármol.

Habíamos recorrido un largo camino, desde que éramos compañeras de trabajo en una oficina horrenda, con cubículos enanos y grises y luces fluorescentes en el techo.

Hacia ya dos años de aquello: un día, Caroline estaba quejándose de las horribles citas por las que había pasado gracias a —o *por culpa de*— una *app* de citas que tenía instalada en el teléfono. La decepción, la incertidumbre... fue entonces cuando le di la tarjeta del club. No estaba segura de que fuese a ir —ella tampoco—, pero no solo había acudido, sino que además había acabado con uno de los dueños del club, Mark. Ahora estaban prometidos. Aparte de eso, Caroline trabajaba en las oficinas del club, llevándoles la contabilidad.

La de vueltas que daba la vida.

Yo había acabado cambiando de trabajo. La oficina era todavía más gris e insoportable cuando no tenía a Caroline para hablar en los descansos del café. Pero aunque el nuevo trabajo era menos gris y menos insoportable, seguía siendo bastante aburrido, la verdad. Quizás la culpa no era de los puestos de trabajo, sino de la profesión en sí: ser contable no era lo más apasionante del mundo.

A no ser que fueras la contable de la mafia, en ese caso estoy segura de que el trabajo era una montaña rusa de diversión.

Sacudí la cabeza a uno y otro lado. Cuando estoy nerviosa se me ocurren todo tipo de tonterías.

Tenía razón Caroline, de todas formas: era absurdo estar nerviosa. Simplemente había tenido una idea, y necesitaba a los dueños del club para llevarla a cabo. Si les gustaba bien, y si no, tampoco pasaba nada.

No tenía nada que perder.

No tengo nada que perder, me repetí mientras seguía a Caroline por las escaleras de hierro que conducían a las oficinas. Y al final funcionó: volví a respirar hondo, y se me quitó el nerviosismo de golpe.



*

ESTABAN todos en la sala de reuniones, conversando animadamente: Mark, Paul, Derek y Monique. Paul estaba haciendo café en la cafetera de cápsulas que había en una mesa junto a la pared.

Derek y Monique estaban sentados juntos, como siempre, unidos por la cadera. Era curioso, porque cuando Derek llegó al club, a Monique —que en aquel entonces trabajaba de guardarropa— le cayó mal al instante.

La antipatía no había durado mucho, de todas formas. Ahora Monique trabajaba de mánager, era quien se preocupaba de que todo saliese bien y funcionase como la seda cuando el club estaba abierto. El trabajo le iba como un guante, era la mejor relaciones públicas que habrían podido encontrar, y además el club daba un montón de trabajo. Cuanta más gente se ocupase de él, mejor.

La única ausencia era Amanda, que aunque también estaba unida a la cadera con Paul, estaba estudiando para uno de sus exámenes de derecho. Seguía trabajando de camarera en el club, porque le dejaba casi todo el día libre para ir a clase y estudiar, y porque además le gustaba trabajar con Paul. No era como si necesitara vigilarle, ni nada de eso: los días en los que Paul se tiraba a todo lo que se movía habían terminado.

—¡Chloe!—. Paul me saludó como si hiciese años que no me veía, cuando le había visto la noche anterior—. ¿Qué quieres?

Le pedí un café solo, y me senté. Paul sirvió los cafés, Caroline se sentó al lado de Mark, y cinco pares de ojos se volvieron a la vez hacia mí, expectantes.

—Somos todo oídos —dijo Mark.

Volví a respirar hondo, sonreí y empecé a hablar.

LA IDEA ERA MUY SIMPLE, realmente. Había empezado a darle vueltas unos meses atrás, justo después de *cierto episodio* que había tenido en el club. No me importaba decirlo: había sido una noche maravillosa donde conocí a un grupo de hombres también maravillosos.

Antes de eso, estaba aburrida, pensando en darme de baja del club. Aquel día había conseguido realizar mi fantasía más antigua, sí, pero también me di cuenta de que había sido por casualidad. Conocí a cuatro hombres perfectos que tenían la misma fantasía que yo. Un golpe de suerte, vaya. *Poison* era lo que era, un club de sexo: un lugar donde pasar la noche, donde ir a desfogarse en un ambiente seguro.

Sí, uno podía cumplir sus fantasías, si no eran muy complicadas, si tenía suerte y era una de las cosas que se ofrecían aquella noche. Tríos, orgías, *vouyerismo*... no había ningún problema. Pero repito: tenía que surgir la oportunidad, y además una tenía que tener... cierta tendencia al exhibicionismo, por llamarlo de alguna manera. No había mucha intimidad. Es cierto que había

habitaciones privadas, pero el contacto tenía que iniciarse de alguna manera.

Mi idea era ir un poco más allá: ofrecer un servicio específicamente orientado a satisfacer las fantasías de los clientes. Tenía que ser un servicio extra que se ofreciese a los miembros más antiguos del club, a los que fueran más de fiar. Tenía que haber más barreras, también, para asegurarnos de que fuese un entorno seguro. Y los encuentros no tenían por qué producirse en el club: de hecho, la idea es que fueran en un hotel, o un apartamento alquilado, dependiendo de la fantasía y de los participantes.

Cuanto más hablaba, más me emocionaba: podíamos conectar a diferentes personas que buscasen la misma fantasía, personas con perfiles parecidos, *etc.*

Una especie de agencia matrimonial, conectando a gente con los mismos intereses, pero con fantasías sexuales en vez de matrimonio.

Yo me ofrecía para gestionar el servicio, claro está: ellos ya tenían suficiente con el día a día del club.

—*Poison* ya es un sitio exclusivo —dije ante la atenta mirada de mi audiencia—, este sería un servicio *aún más* exclusivo.

—Entonces lo que estás proponiendo es que nos expandamos —dijo Mark, cuando hube terminado de hablar—, pero tú te ocuparías de esta parte del negocio: la clasificación de los clientes, las entrevistas, *etc.* Toda la gestión, todo lo que haga falta.

Cuando escuché a Mark decirlo en voz alta, tuve un momento de duda. Esperaba que no fuese demasiado trabajo para una sola persona.

—Sí —dije—. Podemos probar con un par de personas, clientes o fantasías, para empezar, para ver cómo funciona, e ir mejorando desde ahí.

—*Mmmm*, es interesante. Me parece buena idea —dijo Paul—. Además, se me ocurren un par de clientes que alguna vez me han comentado algo al respecto.

—Sería siempre entre clientes del club, ¿verdad? —preguntó Monique.

—Claro, claro —me apresuré a decir—. No vamos a contratar a nadie, eso sería... no lo sé, un poco sórdido. Bastante. Casi como un servicio de prostitución. Además, no es necesario.

—Me gusta —dijo por fin Derek, que no había hablado hasta entonces. Sonrió—. Fantasías, S.A.

—A mí también me gusta la idea —dijo Mark—. Siempre que no nos suponga más trabajo, claro está.

Mark estaba intentando pasar cada vez menos noches en el club, para eso habían metido a Derek en el negocio como socio, un año antes. Caroline trabajaba durante el día en las oficina, y les gustaba coincidir en la vida.

—A mí también —dijo Monique—. Y entiendo lo que quieres decir con lo de las fantasías, es un poco difícil... imaginemos que eres una persona un poco tímida y tienes una fantasía en concreto, no vas a soltársela a la primera persona que te invite a una copa en el club.

—Totalmente —Caroline bebió de su taza de café—. Para una recién llegada el club puede resultar un poco... intimidante, con tanta gente por todas partes. Creo que el nuevo servicio sería algo muy interesante.

—De acuerdo entonces —dijo Paul—. Y antes de que empecemos a revisar los papeles de Chloe —miró la carpeta encima de mi mesa como si fuese algo ofensivo— o a hablar de cifras e ideas, vamos a brindar con algo que no sea café.

Sacó una botella de champán de la nevera que había en una esquina, junto al minibar —Paul siempre estaba preparado— y media docena de copas. Algo me decía que habían estado predispuestos hacia mi idea desde el principio, fuera cual fuera. Me emocionó la confianza que tenían en mí, y me alegré un montón de empezar a trabajar con ellos.

Paul llenó las copas de champán y nos tendió una a cada uno.

—Por *Fantasías, S.A.* —dijo, y me dio la risa. Esperaba que se nos ocurriese un nombre mejor que ese antes de lanzar el servicio.

—Y por Chloe —dijo Mark, sonriéndome—. Bienvenida a bordo.

Alargué el brazo, chocamos las copas y brindamos por el inicio de lo que iba a resultar una muy, muy buena idea.



*

UNO

DAPHNE

Estaba nerviosa, pero en el buen sentido. O sea, estaba nerviosa, mucho, muchísimo, hasta el punto de que me quedé como un cuarto de hora paralizada en la acera frente al hotel, pero no hasta el punto de querer darme la vuelta.

Porque si una cosa sabía era que quería estar allí.

El viento caliente me sacó un mechón de pelo de mi recogido y me lo pegó a los labios, cubiertos de *gloss* sabor cereza.

Tiré un poco de la falda hacia abajo. No era especialmente corta, me llegaba justo por encima de la rodilla, pero era estrecha y se me subía constantemente por los muslos.

No era el tipo de ropa que solía llevar, la falda de tubo negra y la blusa de raso color rojo oscuro, zafiro, pero yo qué sé: me imaginé que así parecería más “sofisticada” al hombre que me esperaba en la habitación del hotel.

La pregunta era, ¿me quería sofisticada? Quizás no, quizás habría acertado más con un *look* más inocente... no tenía ni idea, y estaba divagando.

No sabía cómo me quería aquel hombre porque, sinceramente, no sabía nada de él.

TODO HABÍA EMPEZADO INOCENTEMENTE, cuando estaba en la cafetería de la universidad haciendo un trabajo de Derecho Constitucional con mi compañera de clase, Amanda. Habíamos empezado las dos la carrera ese año —yo después de estar trabajando unos años para ahorrar y poder pagármela, ella igual— y nos hicimos amigas enseguida. Yo me acababa de mudar a la ciudad para estudiar y no conocía a nadie, y ella acaba de salir de una relación larga y tampoco tenía muchas amigas, así que conectamos al instante.

Estábamos en la cafetería haciendo un trabajo, decía, cuando había empezado a quejarme de mi nula vida sentimental. Aunque lo de “vida sentimental” era un eufemismo: no me refería *exactamente* a eso.

Tenía veinticuatro años, casi veinticinco, y mis escasas experiencias sexuales hasta el momento habían sido... mediocres, siendo bastante generosa. La mayoría habían sido directamente malas. Solo se me acercaban críos veinteañeros que sudaban durante cinco minutos encima de mí, y eso era todo.

El pueblo donde había vivido hasta entonces era horrible para relacionarse, casi no había gente de mi edad (y encima si te tirabas a más de dos tipos sin casarte con ninguno eras ya una

fulana), y en la universidad no había tenido mejor suerte. Estaba harta de ligar con niñatos que pensaban que la sola visión de sus patéticos músculos y un par de embestidas iban hacerme orgasmar.

En fin, que aquel día en la cafetería estaba harta, de mal humor, y especialmente necesitada —de ahí el mal humor, seguramente—. Con Amanda podía hablar libremente de todo eso, porque trabajaba por las noches de camarera en el club *Poison*, uno de los más conocidos (y exclusivos) clubs sexuales de la ciudad, y que habría sido la solución a mis problemas si fuese rica y pudiese permitírmelo. Cosa que no era. Vivía en una habitación individual súper enana en un piso compartido con cuatro personas más a una hora andando del campus. Iba andando todos los días, ida y vuelta, para ahorrarme el autobús. Eso sí, así también me ahorraba el gimnasio.

Vivir en el campus era imposible porque era todavía más caro que mi piso, y encima tenía que compartir habitación. No, gracias. Aunque la mía era tan enana que ni siquiera me cabía un escritorio, y tenía mi ropa en cajas de cartón apiladas en una esquina porque no tenía armario, pero bueno.

En fin, que no me sobraba el dinero como para pagar la cuota anual de uno de esos clubs. A no ser que vendiera un riñón. Cosa que no iba a hacer, no para echar un buen polvo de vez en cuando.

Aunque estaba tan desesperada, que un par de meses más de sequía y lo del riñón ya no me parecería tan mala idea...

—No puedo más, Amanda, te lo digo en serio —le di un sorbo a mi café de vainilla y caramelo con nata por encima, uno de los pocos lujos que me permitía de vez en cuando—. Me están saliendo telarañas.

Amanda echó la cabeza hacia atrás para reírse.

Claro, ella podía reírse: yo había visto a su novio Paul. Y era... *mmmm*... guapísimo, un cuerpo de escándalo, y mayor que nosotras, también. Estaba segura de que sabía lo que hacía dentro del dormitorio. Y fuera. Sobre cualquier superficie.

Teniendo un hombre como aquél, yo también me reiría. Todo el tiempo.

—Es una pena que no puedas hacerte socia del club —dijo, por fin.

La miré.

—Soy más pobre que las ratas, Amanda: eso está totalmente descartado.

—Da igual, aunque no lo fueras: la lista de espera es tan larga que no entrarías hasta dentro de dos años, como mínimo. O más.

Estupendo. O sea, que aunque fuese rica no podría echar un polvo en condiciones. Aunque igual en ese caso Amanda podría hacerme un favorcillo y colarme...

La verdad era que la idea del club era excelente: un sitio donde nadie te juzga por lo que quieres, por lo que necesitas. El paraíso, casi.

Suspiré, derrotada.

—Es igual, qué se le va a hacer —dije, resignada a mi suerte.

—Aunque... —Amanda se dio golpecitos en los labios con el dedo índice, pensativa.

Levanté la vista de mi café y la miré, expectante.

—¿Aunque qué? No me dejes en ascuas...

Ladeó la cabeza y pareció pensárselo mejor.

—Mmmm... no, nada, olvídalo.

Y a continuación se puso a devorar un muffin de chocolate con trozos de tres chocolates distintos: negro, con leche y blanco.

Amanda tenía el cuerpo de alguien que hacía constantemente aeróbic, aunque no lo hiciese: delgada y en forma. Yo no podía mirar un muffin como aquel sin engordar: era... digamos *voluptuosa* al lado de Amanda, tenía la cintura estrecha pero a la vez tenía las caderas anchas, un culo más que generoso y estaba a una talla de sujetador de tener que comprármelos en tiendas especializadas.

Me gustaba mi cuerpo, era como era, pero tenía que mantenerme alejada de dulces si no quería doblar mi volumen en cinco minutos.

Miré cómo Amanda se comía su muffin, casi como si estuviera viendo porno. Dios, qué pinta tenía... Cuando terminó, volví a insistir.

—¿Qué ibas a decirme, Amanda?

Suspiró.

—Mi amiga Chloe está poniendo en marcha un nuevo servicio dentro del club. Todavía está empezando, en... pruebas piloto, si quieres llamarlo así. Es bastante exclusivo.

Parecía reticente a seguir hablando, así que la tranquilicé.

—Ya sabes que puedes confiar en mí, no me voy a ir de la lengua.

—Lo sé, no es eso... es que no estoy segura de que pueda hablar de ello todavía.

—Soy una tumba —dije, e hice el gesto de cerrar la boca con una cremallera y tirar la llave.

—Está bien, pero que no salga de aquí—. Miró a su alrededor, como si alguien pudiese escucharnos, y la coleta rubia se movió con ella. Luego se inclinó un poco sobre la mesa, para no tener que elevar la voz sobre el ruido de la cafetería—. Es como una especie de fantasías a la carta: se trata de poner en contacto a gente que tiene la misma fantasía para que puedan llevarla a cabo juntos. Fuera del club. Es un poco más complicado que todo eso, pero para resumir: imagínate que tú buscas, yo qué sé...

Se quedó con la frase en el aire, y aproveché para completarla yo.

—...un tipo maduro, mayor que nosotras, pero no mucho, que me enseñe todo lo que siempre he querido saber sobre sexo. Alguien que sepa lo que está haciendo, para variar —dije, casi sin pensarlo.

—Eso es. Y luego hay un tipo, justo como el que has descrito, que busca lo contrario... una mujer sin mucha experiencia a la que enseñarle cosas. Pues el nuevo servicio pondría en contacto a esas dos personas, no sé cómo exactamente, todavía no sé mucho cómo va.

Empezó a palpitarme el corazón. Era *exactamente* lo que necesitaba.

—Amanda... ¡quiero, quiero, quiero! Por favor, por favor, méteme ahí, en el programa ese,

lo que sea...

Suspiró de nuevo.

—No tengo ni idea de cómo va, o si se puede... tienes que ser socio del club, de eso sí estoy segura. De todas formas déjame que le pregunte a Chloe, preguntar no cuesta nada.

—Amanda —me puse una mano en el pecho, teatrera—. Eres un sol, te debo la vida.

Rió en voz alta.

—No seas exagerada. Además, que a lo mejor no se puede y todo queda en nada.

—Es igual, con que lo intentes ya te debo la vida. ¿Te apetece otro muffin? Te invito.

—¿Estás colgada? Me he comido mi ración de azúcar para toda la semana...

Y ASÍ ERA COMO HABÍA ACABADO, CASI un mes después, en aquella acera, el corazón palpitando, la piel hormigueándome, el nerviosismo impidiéndome dar un paso hacia adelante, acercarme a la puerta del hotel.

—¿A qué esperas, Daphne? —me dije a mí misma, en voz baja, para darme ánimos—. ¿No era esto lo que querías?

Porque *oh*, sí que era lo que quería. Lo que llevaba queriendo mucho, mucho tiempo. De hecho, los nervios eran porque tenía demasiadas esperanzas puestas en aquella noche, y no quería desilusionarme.

O desilusionar.

Quizás el hombre con el que me habían emparejado esperaba otra cosa, o se decepcionaba...

Moví la cabeza a uno y otro lado, como si así pudiera sacudirme los pensamientos.

Llevaba una americana negra encima de la blusa roja. Era lo único que ya tenía en el armario, la chaqueta y el bolso: el resto me lo había comprado nuevo, específicamente para esa noche. No me lo podía permitir, eso estaba claro, tuve que hacer un esfuerzo y escarbar en el fondo de mi cuenta corriente, pero tampoco podía acudir a la cita con unos vaqueros y unas zapatillas blancas, una parka y una mochila, que era mi *uniforme* de todos los días para ir a la universidad.

Así que había ido al centro y me había comprado la falda y la blusa. Había intentado no gastarme mucho: era la reina de las gangas, del parecer elegante con poco dinero. Ahora, los zapatos de tacón negros sí me habían costado una pasta (por lo menos una pasta para mi economía), pero eran de piel: me consolaba pensando que eran una inversión para cuando me graduase y fuese abogada en un bufete y tuviese que ponérmelos todos los días.

Otra cosa en la que me había gastado el dinero era en la ropa interior. Me pasaba como con el resto de mi ropa, era totalmente utilitaria: solo tenía bragas de algodón de dibujitos y sujetadores medio ortopédicos. Con el tamaño de mis pechos, casi todos los sujetadores que tenía parecían ortopédicos.

Me había comprado un conjunto de encaje negro, clásico pero revelador. Cuando me lo había puesto en casa esa noche, delante del espejo, antes de vestirme, me había costado reconocerme. Me sentía como si fuese otra persona: una mujer sexy, seductora, aventurera.

No una estudiante sin blanca.

Todavía me duraba esa sensación, la de ser de repente una persona distinta, que podía tener todo lo que quería. Todos mis deseos al alcance de la mano.

Por lo menos algunos de ellos.

Estaba allí por un golpe de suerte, en realidad: Amanda le había preguntado a su amiga, la que llevaba todo el tema de *Pleasures* —así se llamaba la nueva sección de fantasías del club—, y sí que había que ser socia para poder participar. Así que en principio me desanimé.

Pero un par de semanas después me dijo que estaban teniendo problemas para encontrar candidatos ideales para algunas fantasías (la verdad es que dicho de aquella manera parecía una locura), y casualmente había un hombre que tenía la fantasía de enseñar a alguien sin mucha experiencia.

A ver: sinceramente, yo no creía ser esa persona. No es que fuese una mujer inocente ni nada por el estilo. Pero Amanda no me podía dar muchos datos: tenía que ir a una entrevista con Chloe, para que hablase conmigo, me conociese y viese en qué situación estaba, en qué plano mental.

Quedamos en una cafetería, y Chloe me aceptó casi enseguida, después de llevar menos de un cuarto de hora hablando: resultó que lo que el hombre quería no era una virgen, ni mucho menos (menos mal, porque eso me daba bastante mal rollo, la verdad. Tampoco tenía pinta de ser lo que hacían en *Pleasures*). Se acercaba mucho más a lo que yo buscaba de lo que pensaba.

Todo el proceso había sido bastante simple, sin fricciones: la llave del hotel estaba en mi bolso desde que un mensajero me la había entregado en casa tres días antes —tuve que enseñarle una identificación primero, y firmar—. No tenía que pasar por recepción para nada, ni registrarme en el hotel. El resto de detalles se manejaba a través de la aplicación exclusiva que había tenido que instalarme en el móvil. Hasta el último momento no podía ver la cara del hombre, ni él la mía. Lo mismo con los nombres. Él había registrado su entrada, pero yo no: hasta que no registrase la mía —tenía que darle a un botón verde de check en la aplicación del móvil— no recibiría sus datos, por si acaso alguno de los dos se arrepentía a medio camino.

La verdad es que estaba todo pensado, al milímetro.

Chloe me habían dicho que todavía estaban poniendo *Pleasures* en marcha y había muchas cosas que mejorar, pero sinceramente, la idea era increíble: en cuanto lo tuviesen todo terminado se iban a forrar. Y para mí iba a ser imposible volver a participar. Había tenido suerte de cogerlo en “periodo de pruebas”. Tenía que aprovechar la oportunidad.

El corazón empezó a latirme todavía más deprisa. Me ardía la piel, la sola idea de que hubiese un hombre desconocido esperándome dentro de una habitación de hotel... debería haberme dado mal rollo, pero era todo lo contrario: estaba más excitada de lo que lo había estado en mucho tiempo.

Tenía una sensación de seguridad, como si estuviese en medio de una fantasía hecha realidad. Supongo que de eso era de lo que se trataba.

Crucé la calle y entré en el hotel. En cuanto crucé el umbral le di al botón correspondiente de la *app*, y me llegó el número de habitación.

Entré en el ascensor y pulsé el botón del siete.

Porque la habitación estaba en la planta séptima.

Cálmate, Daphne.

Respiré hondo, y me alegré de estar sola en el ascensor. No me miré en el espejo para no ponerme más nerviosa todavía.

Tenía un nudo en el estómago de nervios, excitación, deseo, todo a la vez.

Esperaba no desmayarme antes de llegar a la habitación.

Al salir del ascensor me llegó la fotografía y el nombre del desconocido que estaba esperándome.

Charles.

Me quedé parada en medio del pasillo, mirando la fotografía en la pantalla.

Oh dios oh dios oh dios.

Parecía una de esas fotografías falsas, sacada de una página web de modelos, que la gente pone en las *apps* de citas para parecer más guapo de lo que uno es.

El pelo oscuro, un poco largo, cayéndole sobre la frente. Una media sonrisa en los labios gruesos. Los ojos azules. La mandíbula oscurecida por una barba de dos días.

Sin entretenerme más, sin pensarlo, avancé por la mullida moqueta del pasillo hasta llegar a la puerta con el número de habitación correspondiente.

Inserté la tarjeta en la ranura de la cerradura. Esperé a que se encendiese la luz verde.

Y entré.



*

DOS

CHARLES

La mujer llegaba tarde. No mucho, apenas diez minutos, seguramente fuese culpa del tráfico. Esperaba de todo corazón que no se hubiese arrepentido.

Yo había llegado media hora antes. Me gustaba controlar la situación, ver un poco la habitación, mis alrededores. Me había quitado la chaqueta y estaba en mangas de camisa, sentado en una de las butacas, una copa de whisky del minibar en la mano.

Esperando.

Le di un sorbo a mi copa, y volvía mirar el reloj. Doce minutos tarde. Suspiré, y me sorprendí al darme cuenta de que estaba algo nervioso. No era tanto nervioso como... impaciente. Ansioso.

Y más excitado de lo que había estado en mucho tiempo. Eso era una novedad, por lo menos para mí: llevaba una temporada apático, sin saber muy bien qué me pasaba. Nada me interesaba, todo me aburría.

Unas semanas atrás había recibido una llamada de Mark, que además de mi amigo era uno de los dueños del club *Poison*, uno de los clubs de sexo más exclusivos de la ciudad. Quedamos para tomar algo porque hacía tiempo que no nos veíamos.

Me preguntó si me pasaba algo, porque hacía tiempo que no me veía por el club. Incluso yo había perdido la cuenta del tiempo que llevaba sin ir por allí, la verdad.

No sabía qué decirle. No quería que me malinterpretara, el club era excelente, el mejor que había en la ciudad de ese tipo, pero... estaba cansado del ambiente. Desilusionado. Seguramente sería una fase, pero la verdad, últimamente no tenía energía para pasar un sábado por la noche en el club.

Estaba harto de cuerpos desnudos moviéndose en la oscuridad, de máscaras, de la falta de intimidad. No quería darle muchas vueltas, pero empezaba a pensar que quizás fuese la edad. Tenía treinta y seis años y estaba un poco cansado de desfogarme con gente que no conocía.

Al final se había convertido en algo rutinario, no excitante.

Es lo que intenté explicarle a Mark, lo mejor que pude, y fue cuando me habló del nuevo servicio de "fantasías a la carta", *Pleasures*.

Todavía estaban empezando, no lo tenían del todo rodado, y querían probarlo primero con alguien de confianza antes de empezar a ofrecérselo al resto de los miembros del club.

Me lo pensé unos cuantos días, y al final acepté. Por probar no perdía nada.

Porque la alternativa era... ¿cuál? ¿Salir *de caza* por los bares de la ciudad a ver qué encontraba? ¿Instalarme una *app* de citas? Ni hablar. No tenía tiempo para una relación, ni tampoco para seducir a nadie, todo ese baile de mensajes y copas y flirteos varios antes de llegar al dormitorio.

Pasé una entrevista con Chloe, la mujer que se ocupaba del nuevo servicio. Tuve alguna dificultad para decir lo que quería, cuál era mi fantasía, porque la verdad, no lo sabía ni yo.

Mi fantasía no era tanto alguien “inocente”, sino una mujer que estuviese alejada del ambiente del club. Simplemente eso. Alguien con quien redescubrir el deseo.

Quizás eso me hiciese redescubrirme a mí mismo.

O no, y aquella fuese otra noche de sexo mecánico, sin poner mucho interés. Si ese era el caso, solo esperaba que la mujer que estaba a punto de entrar por la puerta no se diese cuenta.

El teléfono móvil vibró en mi mano. Había llegado, por fin.

Me llegó su fotografía a través de la *app* del servicio. *Pleasures*. Estaba todo en un entorno controlado, para minimizar el riesgo de que los datos se filtrasen, cosa que sí podía pasar si se mandaban los datos de la manera tradicional (mensajes de texto, etc). Era una chica joven, sonriente, morena. La fotografía no me decía mucho más, era la típica fotografía de pasaporte, para que la reconociese al entrar, nada más. Y solo me sirvió para eso: para reconocerla. No para estar preparado para lo que me encontré cuando la mujer abrió la puerta de la habitación con su llave.

La mujer —Daphne, según la *app*; hasta su nombre sonaba a pecado— cerró la puerta tras ella, y cuando se dio la vuelta pude apreciarla en todo su esplendor.

Lo primero en lo que me fijé fue en los labios, porque justo se quitó un mechón de pelo que se le había quedado pegado: brillantes por el pintalabios, gruesos... me imaginé a qué sabrían. No pude evitar imaginarlos alrededor de mi polla, tal como se me estaba poniendo en ese momento, dura y al rojo vivo.

No me avergoncé de que ese fuera mi primer pensamiento: tenía una boca que estaba hecha para ser follada. Aunque eso no era lo único llamativo de su cuerpo: unas piernas estupendas que los tacones convertían en espectaculares, unas caderas generosas, con la falda de tubo tensándose sobre ellas... subí la mirada y me encontré con una cintura estrecha y unos pechos grandes, que parecían querer escapar a toda costa de la blusa color rojo oscuro que llevaba puesta. La piel del escote era blanca, cremosa, contrastando con el pelo oscuro... No sabía si era negro o castaño, por la falta de luz. Solo había dejado un par de lamparitas encendidas, para crear un ambiente íntimo. Lo llevaba recogido en un moño bajo, del que se habían escapado varios mechones.

—Hola... ¿Charles? —preguntó, con voz grave, ronca, una voz de dormitorio, la voz más sensual que había escuchado nunca. Con un punto de incertidumbre, de timidez. El pecho le subía y bajaba con la respiración, y me imaginé que debía estar algo nerviosa.

Apreté los dedos alrededor del vaso de whisky que tenía en la mano, para darme tiempo a calmarme, para no llegar hasta ella en dos zancadas y arrancarle la ropa, ponerla boca abajo en la cama y follarla de todas las maneras y formas posibles.

Cosa que iba a hacer de todas formas, por mi mente no dejaban de pasar una y mil cosas que quería hacer con ella, pero iba a tomarme mi tiempo. Para eso estaba allí. Y para eso estaba *ella*

allí.

Le di un sorbo a mi whisky, sin quitarle los ojos de encima. Casi no recordaba mi apatía, mi cansancio: se me habían quitado las dudas en cuanto Daphne había entrado por la puerta.

—Sí —respondí. No creía que hiciese falta nada más, porque ella también debía tener mi foto en su móvil.

Se adentró en la habitación, con pasos tentativos.

—Esto no es algo que suela hacer—. Se paró de repente—. Estoy un poco... nerviosa. ¿Cómo va esto, exactamente?

Era un zote. Claro que estaba nerviosa. Era más joven que yo, y además no tenía mucha experiencia.

Me levanté despacio, para no asustarla.

—No te preocupes —sonreí un poco, para tranquilizarla—. Yo también soy nuevo en esto. ¿Quieres algo de beber?

Asintió con la cabeza. Me dirigí al minibar y lo abrí, dándole la espalda.

—¿Champán, whisky...? —dejé la pregunta en el aire.

—¿Que estás bebiendo tú?

Levanté mi vaso y volví a darle un sorbo.

—Whisky.

—Whisky está bien, entonces.

Le preparé la copa y me acerqué a ella para dársela. No se había movido del sitio ni un centímetro.

—Ponte cómoda, si quieres —le miré los pies—. Esos zapatos tienen pinta de estar matándote.

Me encantaban, habría dado cualquier cosa por follarla, desde atrás, con ellos puestos. Más tarde, quizás.

No se puso cómoda. Se quedó clavada en el sitio, subida en sus zapatos. Se llevó la copa a los labios y noté que seguía nerviosa, la mano con la que sujetaba el whisky temblando ligeramente.

Fruncí el ceño. No iba a mentir, me hormigueaban las yemas de los dedos del deseo de tocarla, pero si estaba incómoda, aquello acababa allí.

Estaba de pie frente a ella, lo suficientemente lejos para que no se sintiera amenazada.

—Daphne —dije su nombre y levantó la cabeza para mirarme. Los ojos eran oscuros, como el pelo, enmarcados por largas pestañas. Se mordió el labio ligeramente y me distraje durante un instante—. No tienes, no tenemos, obligación de nada. No tienes que hacer nada que no quieras...

Se mojó los labios con la lengua, casi imperceptiblemente.

—¿Y si quiero?

Me quedé paralizado y casi se me cayó la copa al suelo. Entonces me di cuenta de que más que nerviosa estaba excitada, o quizás las dos cosas a la vez.

Prácticamente como yo.

Era curioso. Se suponía que era yo quien tenía experiencia, quien debía “enseñarle”, pero me sentía como un adolescente que se encuentra a solas con una mujer por primera vez.

Me pregunté quién era el principiante, y quién iba a enseñar qué a quién.

Sonreí levemente y me acerqué a ella. Empecé a jugar con el primer botón de su blusa, desabrochándolo despacio.

Daphne tragó saliva y vació su copa de whisky de un trago. Hizo una mueca.

—Tranquila, no queremos emborracharnos —dije, susurrando sin motivo aparente. El momento pedía susurros, palabras pronunciadas en voz baja, al oído.

Eso fue lo que hice, poner mis labios en su oído, y volver a susurrar allí:

—Puedes decir que no en cualquier momento —dije. Iba a matarme si lo hacía, esa era la verdad, pero quería dejarlo claro: si ella no estaba cómoda, yo no podía estarlo. Mordisqueé ligeramente el lóbulo de su oreja, y la vi cerrar los ojos.

—Sí... sí —respondió, casi sin saber lo que decía.

Noté su pulso acelerado en el cuello, apenas, sobre el latido de mi propio corazón. Y la sangre, que se me había ido de repente toda al mismo sitio.

Paciencia, me dije a mí mismo.

Le desabroché los siguientes tres botones de la blusa, dejando al descubierto el escote espectacular, una tetas magníficas, dentro de un sujetador de encaje negro que ni siquiera cubría del todo los pezones. Podía intuirlos, oscuros y grandes, debajo de la tela de encaje.

Tuve que respirar hondo un par de veces para no arrancarle la ropa y que aquello terminara en un minuto. Menos mal que ella tenía los ojos cerrados, los labios entreabiertos, y no se dio cuenta de mi propio estado.

Metí una mano dentro de la blusa, dentro de la copa del sujetador, y empecé a acariciar la piel cálida, el pezón que se endureció enseguida.

Bajé los tirantes del sujetador, las copas hacia abajo, e inclinando la cabeza empecé a lamer un pezón, luego el otro, primero suavemente, luego con ligeros mordisquitos, tirando y succionando.

La escuché gemir, bajito, y no pude evitar sonreír sobre su escote.



TRES

DAPHNE

*A*quel hombre me estaba matando. No, en serio: estaba a punto de deshacerme en un charco de deseo en el suelo.

Estaba húmeda, chorreando más bien, y no podía estarme quieta. Me estaba costando un mundo quedarme allí de pie mientras Charles me destruía con su lengua, con sus manos.

No, aquello no iba a resultar.

—Charles —dije, con la voz ronca de deseo, como si estuviese en medio del desierto y llevase sin beber agua tres días.

—¿Mmm? —preguntó, distraído, mientras seguía torturando mis pezones con los dientes, con la lengua, con los labios. Dios, era como si un cable conectase mis pezones con mi sexo. Cada vez que tiraba de ellos parecía que iba a explotar, me humedecía todavía más.

—Charles —volví a decir, un poco más alto, con impaciencia. Esta vez levantó la cabeza de mi escote.

—¿Sí? —preguntó, sonriendo, como si le hubiese distraído de su pasatiempo favorito.

Era más alto que yo, bastante; no me sacaba una cabeza pero casi. Me quedé un poco absorta mirando su mandíbula perfecta, el pelo que le caía un poco sobre la frente.

—¿Qué te parece si...? —me quedé un poco a medias, sin saber cómo seguir. Me mojé un poco los labios con la lengua y Charles desvió la mirada hacia ellos, como hipnotizado—. ¿Qué te parece si empezamos rápido, y luego podemos ir más despacio? Tenemos toda la noche —le recordé. Toda la noche para hacer lo que quisiéramos.

Me iba a desmayar de placer.

—¿Empezar rápido? —preguntó, levantando una ceja. Me dio la impresión de que mi forma de decirlo le parecía divertida.

Asentí con la cabeza. Qué le voy a hacer, no soy la persona más seductora del mundo. Por eso estaba allí, para aprender.

Puso una mano en mi cintura y con la otra me acarició el muslo lentamente, por encima de la falda. Seguía con los pechos al aire, los pezones húmedos de su lengua.

—¿Quieres decir, echar un polvo rápido primero?

Tragué saliva y volvía a asentir.

Me pegó a él, mis pezones rozándose con la tela de su camisa, y pude apreciar por primera vez su erección, dura, larga, a la altura de mi estómago.

Oh dios.

Esta vez bajó los labios hasta mi mandíbula, mi cuello, y empezó a besarme allí, mientras seguía hablando.

—O sea, quieres que te folle... duro y rápido... ¿contra la pared, por ejemplo?

Gemí mientras me atacaba el cuello y me pegué más a él, intentado frotar su erección contra mi centro, pero no lo conseguí.

—Sí... sí, por favor —dije por fin, con lo último que me quedaba de cordura.

Me subió la falda de tubo hasta la cintura, no sin dificultad. Bajó la vista y supe que estaba mirando mi tanga negro a juego del sujetador. Se mordió el labio mientras miraba hacia abajo, y por un momento pensé que iba a arrancarme la minúscula prenda de ropa interior, pero al final me la deslizó por los muslos y cayó al suelo, a mis pies.

Me miró a los ojos, los suyos llenos de deseo, los míos supongo que también, porque era lo que estaba sintiendo en ese momento.

Escuché el ruido de la cremallera de su pantalón y me excitó todavía más, si eso era posible.

—Súbete a mi cintura —dijo, con voz ronca—. Pasa las piernas por detrás.

No sabía si iba a poder, pero Charles me ayudó, poniendo las dos manos en mis nalgas y empujándome hacia arriba.

Crucé las piernas detrás de su cintura, me agarré a sus hombros. Estaba prácticamente en el aire, con solo la fuerza de Charles impidiendo que me cayera al suelo. Aún no se había quitado la camisa, pero podía ver los músculos tensándola en la zona de los bíceps.

Sin dejar de sujetarme, maniobró hasta que noté la punta de su sexo duro justo en mi entrada.

Me miró, y asentí con la cabeza para dar respuesta a la pregunta que estaba en el aire.

Entonces, moviendo mis nalgas hacia abajo, me clavó en su polla dura y caliente. Me penetró, hasta adentro, de un solo movimiento.

—¡Aaaaaaaah!

Grité, grité porque no podía hacer otra cosa, cerrando los ojos, echando ligeramente la cabeza hacia atrás.

Nada me había preparado para la invasión, nada: ni la poca experiencia que había tenido hasta entonces, nada. Nunca había estado tan llena, nunca había sido el placer tan intenso, tan de repente. La polla dura, larga, ancha, como un hierro al rojo vivo, me llenó del todo, me ensanchó, me partió en dos.

—¡Oh dios oh dios oh dios! —repetí como si fuera un mantra, agarrada a sus hombros, mientras Charles no me daba tregua, doblaba las rodillas y empujaba hacia arriba mientras me bajaba con las manos una y otra vez, fuerte, duro, más y más, invadiéndome, arruinándome para cualquier otro hombre que viniese detrás de él.

Empecé a gemir, a sollozar, a gritar sin control, el placer insoportable. Era como si tuviera

fuego dentro, que solo pudiese apagarse con más fuego. No tenía sentido, pero era como me sentía.

Cada vez que me penetraba, que me clavaba la polla dura hasta el fondo, era como si fuese la primera vez.

—¿Así? —preguntó Charles, jadeando, no sabía si por el esfuerzo de sujetarme, por el placer, o las dos cosas a la vez.

—¡Sí!

—¿Más?

—Sí, por favor, ¡sí!

No sabía ni lo que decía. No me acordaba ni de mi nombre.

Fue cuando me llevó hasta la pared, al lado de la puerta —no nos habíamos alejado mucho de la entrada de la habitación, la verdad— y con mi espalda apoyada en la pared, las embestidas se hicieron más profundas, más fuertes, más salvajes.

Me besó, hambriento, con la lengua siguiendo el ritmo de su polla, entrando y saliendo de mi boca.

Enlacé las manos en su cuello y yo también le besé, hasta que necesité la boca libre para gritar, porque no podía más, no podía más.

Apoyé las manos en la pared, encima de mi cabeza, mientras Charles seguía sujetando mis nalgas con las manos, metiéndome su polla dura, larga, caliente, cada vez más rápido. Me golpeaba el clítoris en cada embestida, y un punto dentro de mí que si no era el punto G se le parecía mucho.

Miré a aquel hombre magnífico mientras me follaba como le había pedido, la camisa todavía abrochada, una gota de sudor resbalando por la sien, la vista fija en mis tetas que botaban enloquecidas, ya totalmente fuera del sujetador, y noté el orgasmo llegar, tan de repente que no pude avisar.

—¡Sí! ¡Sí, sí, sí!

Fue tan largo, tan intenso, que en un momento dado pensé que me iba a desmayar, incapaz de soportarlo. En el fondo de mi mente escuché a Charles hablar.

—Ah, sí, eso es... me estás matando, córrete, así, muy bien...

Luego ya no dijo nada más, empezó a gruñir y con un par de embestidas más se quedó clavado dentro de mí, y sentí su semen derramarse en oleadas.

Dejé pasar unos segundos y bajé una pierna con cuidado, luego la otra, para que no me diese un calambre. Todavía tenía los zapatos puestos. Charles siguió sujetándome para que no perdiese el equilibrio.

Soltó una carcajada débil con la cara enterrada en mi cuello, como si a él también le hubiese pillado desprevenido el orgasmo con fuegos artificiales y campanitas.

Luego me miró y preguntó:

—¿Mejor?

—Oh, sí —respondí, y le di un par de palmaditas en la mejilla. Sonrió, divertido—. Mucho mejor.



*

CUATRO

CHARLES

Después de la sesión contra la pared nos arrastramos hasta la ducha como pudimos, quitándonos la ropa que todavía teníamos puesta y soltándola por el camino. Tenía que reconocer que estaba hecho polvo, ya no tenía veinte años y el sexo de pie me había dejado los brazos doloridos.

Daphne, no: Daphne se recuperó enseguida y a los dos minutos de entrar en la ducha, con la piel todavía cubierta de jabón, se puso de rodillas y se metió mi polla en la boca, entera, sin ningún tipo de reparo. Me chupó hasta que me corrí en su garganta, sin darme la oportunidad de apartarme, las uñas clavadas en mis nalgas.

Increíble. Había terminado de matarme.

Cuando salimos de la ducha mi cuerpo tenía la consistencia de un espagueti.

Me venía bien haberme corrido ya dos veces, porque así se me quitaba la urgencia, las ganas de ir deprisa que tenía desde que Daphne había entrado por la puerta.

Así podía ir más despacio sin morir de la impaciencia. Duraba más.

A pesar de eso, no habían pasado ni cinco minutos hasta que volví a estar de nuevo duro, al rojo vivo. La sola visión de Daphne, de su cuerpo desnudo, bastaba para mantenerme empalmado toda la noche.

Ahora estábamos sobre la cama, las sábanas arrugadas debajo de nosotros, yo tumbado y Daphne sentada sobre mí, del revés, follándose lentamente con mi polla, a su ritmo.

La miré bajar, de espaldas a mí, sentándose poco a poco, mi polla dura entrando dentro de ella, luego levantándose, y volviendo a bajar otra vez. Me deleité en su culo grande y generoso, la curva de la espalda, el pelo oscuro y largo, húmedo de la ducha.

—Ah... ¡ah! —gimió.

Se inclinó ligeramente hacia delante, apoyándose en mis piernas, y pude ver mi propia polla erecta entrar y salir de dentro de ella, lentamente.

Me mordí el labio y le acaricié las caderas, la cintura, las nalgas.

—¿Cómo te sientes?

—Me siento... me siento muy bien —respondió con dificultad, casi sin poder hablar del placer.

—¿Te gusta esta postura?

—Ah... sí.

—Mírame.

Giró la cabeza y me miró por encima de su hombro, las mejillas rojas, los ojos brillantes. Se mordió el labio.

Le di una ligera palmada en la nalga.

—Sigue.

Volvió a subir y bajar, mientras gemía, cada vez más alto. Quería que se corriese en esa postura, verla botar sin control encima de mí, clavándose mi polla dura una y otra vez.

—Mójate dos dedos y tócate —dije.

Lo hizo, de espaldas a mí, y me dio rabia no poder verla.

Alargué la mano para abrir el cajón de la mesita de noche, donde había guardado algunos juguetes antes de que llegase Daphne.

Saqué el bote de lubricante y un pequeño juguete de silicona negra, en forma de huevo, un poco más estrecho en la punta, con una especie de pomo para poder agarrarlo.

Daphne se dio la vuelta cuando oyó el ruido del cajón. Miró el bote de lubricante y el *plug* anal que tenía en la mano.

Levanté una ceja.

—¿Quieres probar?

Justo en ese momento levanté la pelvis, penetrándola hasta el fondo, y se mordió el labio, ahogando un gemido. Cerró los ojos un instante antes de responder.

—Sí... sí.

Volvió a mirar hacia adelante y siguió moviéndose encima de mí.

Lubiqué bien el *plug* y lo puse en su entrada trasera. Daphne dio un respingo cuando notó el lubricante frío en su piel.

—Sube un poquito —le dije, con voz ronca. No quería correrme todavía, y contenerme me estaba costando cada vez más.

Eso hizo, y empecé a empujar lentamente, introduciéndole el juguete poco a poco en el culo. El tamaño era pequeño, y enseguida lo vi desaparecer entre sus nalgas blancas.

Me estaba volviendo loco.

—¿Qué tal? ¿Te gusta? —pregunté, metiéndolo y sacándolo unas cuantas veces.

La respuesta fue inmediata: Daphne se volvió loca, y empezó a subir y bajar sobre mi polla cada vez más rápido, a gemir cada vez más alto, a masturbarse con sus dedos cada vez más deprisa.

—¡Ah, ah, ah! ¡Sí! ¡Sí!

Dejé el *plug* metido y me puse a disfrutar del espectáculo, concentrándome en no correrme. Era difícil, porque la vista de su culo generoso moviéndose con el *plug* metido, mi polla

desapareciendo dentro de ella una y otra vez... era increíble.

Aumentó la velocidad de sus dedos, se echó hacia adelante y empezó a meter y sacarse mi polla rápidamente, a botar, a gemir, a gritar, mientras se corría escandalosamente.

La ayudé a subir y bajar, las manos en su cintura, penetrándola una y otra vez mientras duraba su orgasmo.

Cuando terminó, le pasé una mano por la espalda y saqué lentamente el *plug* para dejarlo al lado del lubricante, en la mesita.

Se levantó con un pequeño gemido y se dio la vuelta para tumbarse a mi lado, boca abajo. Tenía las mejillas rojas, el pelo oscuro revuelto, los ojos brillantes.

La cogí de la cintura para atraerla hacia mí y besarla. Procuré no pensar en lo que quedaba de noche, y en que nuestro encuentro tenía fecha de caducidad.

Cuando separamos los labios Daphne miró hacia abajo, a mi erección, más dura que nunca.

—¿Y tú? —preguntó.

Sonreí ligeramente.

—No te preocupes. Todavía nos queda noche por delante.

Ella también sonrió, satisfecha.

La dejé descansar unos minutos, pasando los dedos por su pelo, pensando en que quizás podíamos volver a vernos. No tenía por qué ser solo una noche. Ya nos conocíamos, ¿había alguna regla contra eso? Aunque no sabía si a Daphne le interesaba, a lo mejor solo quería una aventura de una noche y nada más... de todas formas, no perdía nada por preguntar.

Pero no en ese momento. No habíamos terminado todavía, y si no tenía intención de volver a verme, no quería que se sintiera incómoda.

Le di una palmada en una nalga, y dije:

—Arriba.

Esta vez fue ella quien levantó una ceja.

—¿Arriba, dónde?

Sonreí, me puse de pie y le tendí una mano para ayudarla a levantarse de la cama. La llevé hasta el espejo que ocupaba todo el frontal de puertas del armario de la habitación.

Me coloqué detrás de ella, pegado a su espalda, y empecé a acariciarla. Ninguno de los dos podía quitar la mirada del reflejo, yo de su cuerpo y ella de mis manos recorriéndolo.

—¿Confías en mí? —le susurré al oído.

Sonrió ligeramente, mirándose a los ojos a través del espejo.

—Siempre.

Seguí acariciándola suavemente desde atrás, pasando mis manos por sus pechos, su estómago, la cintura, quedándome justo en el borde de las zonas erógenas.

Teníamos todo el tiempo del mundo.

En realidad, no: teníamos solo aquella noche. Pero prefería no pensar en ello.

No quería darme prisa, quería que la noche fuese eterna.

Me acerqué un momento a la mesita para sacar otro de los juguetes que había llevado y volví a coger el lubricante.

Daphne se acariciaba sus propios pechos, pellizcándose los pezones, mientras se miraba en el espejo, absorta. Dios, aquella mujer me volvía loco. Volví a colocarme detrás de ella, le aparté el pelo para poder besarle el cuello y le tendí lo que acababa de coger: era un vibrador pequeño, rosa fucsia —no había más colores—, curvado, uno de esos especialmente diseñados para alcanzar el punto G.

Daphne lo cogió en la mano y empezó a darle vueltas, curiosa... Lo miró con atención, mordiéndose el labio.

—¿Qué quieres que haga con esto?

Puse las manos sobre sus pechos y le pellizqué los pezones suavemente, los dos a la vez. Gimió un poco, bajito.

—¿Tú qué crees?

Estaba completamente duro detrás de ella, tenía que sentir mi erección pegada a su espalda. Seguí acariciándola, mirando mis manos recorrer su cuerpo en el espejo, hipnotizado. Mientras, Daphne bajó el dildo hasta colocarlo justo encima de su clítoris. Tenía un botón en la base. Lo presionó y empezó a vibrar.

—*Oh* —exclamó, como sorprendida por el placer de la vibración en una zona tan sensible.

Cerró los ojos y se apoyó con la mano izquierda en el espejo, mientras con la derecha seguía moviendo el vibrador. Del clítoris pasó a su sexo, y se metió un poco el vibrador mientras echaba la cabeza hacia atrás para apoyarla en mi hombro. Subió una pierna encima de la butaca que estaba a nuestro lado, para tener mejor acceso. Empujó un poco más el vibrador dentro de ella, y creí que me volvía loco mirando el espectáculo en el espejo, cómo desaparecía el dildo rosa fucsia dentro de su sexo húmedo.

Cogí el lubricante y embadurné mi polla empalmada y dura. Tuve que tener cuidado, porque estaba a punto de estallar. Luego esparcí un poco en mis dedos y lo pasé por la entrada trasera de Daphne, entre sus nalgas.

La vi levantar una ceja en el espejo.

—¿Qué me vas a hacer? —dijo, con voz ronca, sin dejar de usar el vibrador ni un momento.

—Nada que no quieras que te haga... —respondí, y puse la punta de mi polla en la entrada de su culo—. Mira, me voy a quedar quieto, si quieres puedes echarte hacia atrás, si no, no.

Le acaricié los pechos desde atrás, le pellizqué los pezones.

—Si quieres follarte el culo, estoy dispuesto: tengo la polla preparada, dura, lubricada... pero depende solo de ti. Solo quiero que disfrutes.

—Ah... —Daphne gimió y se mordió el labio, mirándome a través del espejo. Estaba totalmente concentrada en su propio placer, y yo en su reflejo, viendo el juguete pasar por su clítoris, mis manos recorrer su cuerpo, acariciarlo. Entonces se echó un poco hacia atrás, casi

imperceptiblemente, metiéndose mi polla en el culo un poco, no más de un centímetro.

Oh dios. Tuve que morderme los labios hasta casi sangrar para no empujar...

—Ah... Daphne... así, despacito...

Se echó hacia atrás de nuevo, muy poco a poco, despacio, penetrándose con mi polla, a su ritmo.

—Lo estás haciendo muy bien... sigue así, fóllate con mi polla, métetela en el culo... poco a poco...

Era una tortura pero a la vez era increíble, ver su cara de placer en el espejo. Empujó un poco más, un poco más, mientras gemía con los ojos cerrados, y cuando miré hacia abajo mi polla había desaparecido completamente entre sus nalgas.

La tenía metida entera en su culo, hasta las bolas. Fue entonces cuando empecé a perder el control.

—Daphne... —dije, entre dientes.

La sujeté por las caderas, totalmente dentro de ella, empalado en su culo prieto y magnífico.

Se metió de nuevo el dildo por el coño, hasta dentro, y sentí las vibraciones dentro de ella.

Me estaba volviendo loco.

—¿Qué quieres, Daphne?

—Quiero... quiero que me folles el culo.

No tuvo que repetírmelo dos veces.

Intenté controlarme, de todas formas, y empecé a embestir despacio, para que se acostumbrase. Era un privilegio, verle la cara en el espejo cada vez que empujaba, ver la sorpresa y el placer reflejados en su cara, cómo cerraba los ojos, se mordía el labio, ponía la boca en forma de o, sorprendida de su propio placer.

Pasó una mano detrás de mi cuello, y con la otra siguió metiéndose y sacándose el dildo, rítmicamente.

—Ah... Charles, es demasiado... estoy llena...

Empecé a hacer mis embestidas más fuertes, más rápidas.

—¿Te gusta, te gusta esto?

—Sí, sí, me gusta mucho... dame más, por favor... dame más por el culo.

Giró la cabeza hacia atrás para poder besarme.

—Fóllame bien el culo —susurró sobre mis labios—. Quiero que me des bien, me lo merezco, por favor... Métemela bien, hasta dentro.

Perdí el poco control que me quedaba, la sujeté de las caderas y empecé a embestir bien, follándole el culo una y otra vez, sin descanso, sin tregua.

—¿Así? ¿Así? —medio pregunté medio gruñí, mirando hacia abajo, viendo cómo se movían sus nalgas con mis embestidas, cómo botaban sus tetas en el espejo.

—¡Sí! ¡Así, sí, por favor, más! Lléname, lléname del todo...

Eso hice, le di más y más, penetrándola hasta el fondo cada vez, mis bolas golpeando en sus nalgas.

Daphne seguía follándose con el dildo y yo ya no podía más, iba a correrme en su culo delicioso. Empezó a gritar mientras se sujetaba con una mano en el espejo y supe que iba a correrse de un momento a otro.

—¡Ah, joder sí, sí! —gruñí.

Embestí unas cuantas veces más y me quedé clavado en su culo, corriéndome dentro de ella, mientras notaba cómo Daphne temblaba y se corría a la vez, los ojos cerrados, la cara desencajada en una mueca de placer.

No podía moverme, ni pensar, ni hacer nada más que no fuera apoyar la frente en su hombro, exhausto. Había sido la mejor sesión de sexo que había tenido en mucho tiempo.

No: siendo sincero, había sido el mejor sexo de mi vida.



*

CINCO

DAPHNE

Me dolían todos los músculos del cuerpo, incluso algunos que ni sabía que existían. No podía moverme.

Después de otra ducha, nos habíamos envuelto en los albornoces del hotel y Charles había hecho un par de chistes sobre su edad y lo hecho polvo que estaba —era un exagerado, solo tenía 36 años— pero, sinceramente, yo a mis 24 tampoco podía mover ni una pestaña.

No era cosa de la edad. Era cosa de que no habíamos parado en toda la noche.

Teníamos —o por lo menos yo tenía— una especie de urgencia, como si tuviéramos que hacerlo todo en una noche.

Yo había perdido la cuenta de mis orgasmos, pero Charles llevaba por lo menos tres.

El día empezaba a filtrarse color gris detrás de las cortinas. Me sentía triste, extraña. Ojo, me sentía satisfecha también, saciada; pero... no quería que acabara la noche.

Y sin embargo, había acabado.

No era solo el sexo. Tenía que ser sincera: el sexo había sido espectacular. De hecho, no sabía ni que podía ser tan bueno. Pero no era solo el sexo, era también la complicidad. No creía que pudiese ser tan bueno con cualquier persona que conociese en un bar.

Era más complicado que todo eso.

Habían hecho un buen trabajo a la hora de emparejarnos. Demasiado buen trabajo. Éramos... demasiado compatibles, si eso tenía sentido. Charles y yo nos entendíamos perfectamente.

¿Dónde iba a encontrar ahora un hombre como él? La respuesta me vino a la cabeza de inmediato: en ningún sitio. A partir de aquella noche, iba a comparar a todos los hombres que conociese con Charles, e iban a salir perdiendo. Me había arruinado para futuros polvos.

Le observé un momento: tenía la cara apoyada en la almohada, de lado, los ojos cerrados. Probablemente estuviese dormido ya. Empezaba a aparecerle una sombra de barba en la mandíbula... tenía las pestañas largas, el pelo húmedo de la ducha y revuelto... tenía aspecto angelical, que habría podido engañarme si no se hubiese pasado la noche follándome de todas las formas posibles.

Abrió de repente los ojos.

—Pensé que estabas dormido —dije, la voz un poco ronca de gritar toda la noche.

—No —respondió con voz de dormido, aunque no lo estuviese—. ¿En qué piensas?

Tragué saliva antes de contestar, y al final fui una cobardica y no lo hice.

—¿En qué piensas tú? —pregunté de vuelta.

Sonrí un poco, la cara contra la almohada, y el corazón me dio un vuelco. No se podía ser más guapo.

—Tú primero —dijo.

Me mordí el labio. Era algo que hacía siempre que estaba nerviosa.

—Vale, yo primero entonces—dijo él, por fin—. Quiero volver a verte.

Oh dios sí, ¡sí sí sí!

Intenté que la sonrisa no me llegase de oreja a oreja. No sé si lo conseguí.

—¿Crees que es posible? —pregunté—. Quiero decir... no sé muy bien cómo funciona esto. ¿Tenemos que decírselo a los de *Pleasures*, o...?

Charles volvió a sonreír.

—Daphne, cariño: somos libres. Nos han puesto en contacto, sí, pero ya está. A partir de ahora podemos hacer lo que queramos.

—¿Lo que queramos?—. La pregunta me salió en un tono de voz más alto de lo normal, pero no podía contener la emoción. Tampoco podía dejar de sonreír—. ¿Como por ejemplo...?

Dejé la frase en el aire, porque todavía no sabía en qué dirección iba el pensamiento de Charles.

—Como por ejemplo, podemos quedarnos en el hotel todo el fin de semana. O también podemos dormir un rato, vestimos y puedo invitarte a comer. O podemos dormir, irnos a casa y salir a cenar esta noche.

—¿Como una cita? —pregunté, y esta vez no pude disimular la esperanza en mi voz.

Charles me regaló una sonrisa genuina, y pensé que haría cualquier cosa por hacerle sonreír todo el tiempo.

—Como una cita, pero sin el *como* —respondió.

—Me parece bien.

—¿El qué, exactamente?

Lo pensé un segundo.

—Todo lo de arriba.

Esta vez sonreímos los dos a la vez. Charles me atrajo hacia él y me besó, justo antes de que nos quedásemos dormidos.

FIN



*

Si quieres más historias como esta, [sígueme en Amazon](#) y recibirás un aviso cuando publique mi siguiente libro.

Visita www.ninakleinauthor.com para ver las últimas novedades y una lista completa de mis libros.

OTRAS HISTORIAS DE NINA KLEIN

El Club: Serie Completa



Caroline está harta de citas cutres en Tinder y de desperdiciar sábados por la noche en tipos que no merecen la pena.

Cuando le cuenta su último desastre a Chloe, su compañera de oficina, ésta de la una tarjeta misteriosa, con un palabra grabada en ella: *Poison*.

La tarjeta es de un club de sexo, donde todos sus deseos pueden hacerse realidad...

El sábado siguiente, con un vestido nuevo, unos zapatos de ensueño y hecha un manojo de nervios, Caroline se planta enfrente de la puerta del club.

¿Se decidirá a entrar?

¿Será lo que ella esperaba, o será otro sábado por la noche desperdiciado...?

...

La serie completa de “El Club” en un solo volumen. Contiene las siguientes historias:

1. El Club
2. Una noche más (El Club 2)
3. Todos tus deseos (El Club 3)
4. Llámame Amanda (El Club 4)
5. No eres mi dueño (El Club 5)
6. La última fantasía (El Club 6)

Casi **400** páginas de romance, erotismo y humor.

[Léelo ya en Amazon \(gratis con Kindle Unlimited\)](#)



*

Trilogía Romance en vacaciones



Recopilación de las tres novelas cortas pertenecientes a la trilogía *Romance en Vacaciones*: “**Unas vacaciones de ensueño**”, “**Bienvenida al paraíso**” y “**Un golpe de suerte**”.

También disponible en versión impresa (tapa blanda).

[Léelo ya en Amazon \(gratis con Kindle Unlimited\)](#)



*

Todas las historias de Nina Klein:

SERIE “EL CLUB”

[El Club](#) (El Club 1) [Una Noche Más](#) (El Club 2) [Todos Tus Deseos](#) (El Club 3) [Trilogía El Club](#) (El Club 1, 2 y 3) [Llámame Amanda](#) (El Club 4) [No Eres Mi Dueño](#) (El Club 5) [La Última Fantasía](#) (El Club 6) [Trilogía 2 El Club](#) (El Club 4, 5 y 6) [Todo El Club: Serie Completa](#) (El Club 1-6)

TRILOGÍA “ROMANCE EN VACACIONES”

[Unas Vacaciones de Ensueño](#) (Romance en Vacaciones 1) [Bienvenida al Paraíso](#) (Romance en Vacaciones 2) [Un Golpe de Suerte](#) (Romance en Vacaciones 3) [Trilogía Romance en Vacaciones](#)

TRILOGÍA “LA FIESTA DE SAN VALENTÍN”

[Romance en la Oficina](#) (La Fiesta de San Valentín 1) [La Jefa](#) (La Fiesta de San Valentín 2) [Una Mujer de Mundo](#)
(La Fiesta de San Valentín 3) [Trilogía La Fiesta de San Valentín](#)

HISTORIAS INDEPENDIENTES

[A la Luz de las Velas](#)

[El Amigo Invisible](#)

[Mi Vecino Santa Claus](#)

[Navidad en el Club](#)

[El Regalo de Navidad](#)

[Noche de Fin de Año](#)

[La Fiesta de Halloween](#)

[Un Día de Playa](#)

[Ex Luna de Miel](#)

[Cumpleaños Feliz](#)

[El Almacén](#)

[Enemigos Íntimos](#)

[Noche de San Valentín](#)

[Game Over](#)

[El Profesor, La Tienda](#) (Dos historias eróticas) [Historias de Navidad](#) (Recopilación de historias navideñas) [Alto Voltaje - Volumen 1](#) (Recopilación de historias eróticas) [Alto Voltaje - Volumen 2](#) (Recopilación de historias eróticas)



*

ACERCA DE LA AUTORA

Nina Klein vive en Reading, Reino Unido, con su marido, perro, gato e hijo (no en orden de importancia).
Nina escribe historias eróticas, romance y fantasía bajo varios pseudónimos.



*

www.ninakleinauthor.com

ninakleinauthor@gmail.com

Página de Nina Klein en Amazon:

Amazon ES: amazon.es/NinaKlein/e/B07J4HJ3C2

Amazon US: amazon.com/author/ninaklein